

LA CALABAZA

La Calabaza se hizo de un plantón que me regaló un vecino. Concretamente me dio tres. Los plantones no eran de los más grandes, ni siquiera eran grandes. Eran plantones vulgares que se apelmazaban en un huerto ecléctico y desordenado donde peleaban silenciosamente por obtener algo de agua que llegaba siempre de tarde en tarde anhelando al mismo tiempo un rayo de sol temprano de comienzos de abril. De modo que cuando los trasplanté en mi propio bancal de tierra mucho más elaborada, cuando por fin disfruté de un riego regular y cuando sus pequeñas hojas fueron tocadas por un sol continuo, lo agradecieron creciendo en poco tiempo con una desmesura exagerada. Las hojas rugosas, cárnicas y de un verde insultante hacia otras plantas de mi jardín, tramaron un sistema boscoso a ras de suelo de la huerta, atropellando en pocos días plantones jóvenes de berenjenas y pimientos, los tallos fuertes y dominantes no conocieron obstáculo y pocos días después, enérgicos, casi belicosos, traspasaron sin pudor ni resistencia la valla metálica que delimita el linde de la huerta.

Pocas semanas después me di por vencido. Las tres, antaño, frágiles plantones de calabaza, movidos con una virulenta metástasis, han invadido toda la huerta sin posibilitar el crecimiento de otras plantas. Además, como producto de un descaro bochornoso, ahora me enseñan unas enormes flores amarillas que cuajan de primavera adelantada el huerto. Opté sin dudar por arrancar dos plantas, sin esta solución, mi huerto queda abocado a sólo ofrecerme calabazas y más calabazas. Así lo hice. Dejé la planta más vigorosa, aquella cuyo tallo principal logró salirse de la valla, y asentarse cómodamente junto a la piscina. Las otras dos fueron sacrificadas sin ninguna contemplación.

Pasaron algunos días. La flor que extrañamente no quería ser libada por ningún insecto volador, se convirtió en calabaza del tamaño de mi pulgar. Crecía, podría jurarlo, por horas. Del pulgar paso al puño y de puño a un tomate, en una semana a mediados de mayo, tenía una calabaza del tamaño de un melón no en mi huerto sino junto a la piscina.

La calabaza, ya enorme, domina con aire señorial, quieta y silenciosa, todo mi jardín, y a Jeremías, mi labrador, creo que no le gusta, en ocasiones hasta la ladra. Alguna picaraza, la ha dejado

cicatrizada la coraza sin llegar a la carne. Bonita es ella. Las raíces de la planta madre, asfixian sin piedad el resto de la huerta, que se debate raquítica entre la vida y la muerte. Paradojas inexplicables, un huerto bien cultivado, regado, cuidado hasta el mimo y me da por su parte unos frutos que se mueren sin llegar a mí mano. Pero la calabazas no. La calabaza tiene su propio mecanismo. Pienso en el sol, que todo el sol, es para ella. Que el agua que no ceso en reponer es suya, exclusivamente suya, y que la luna, la luna de verano importantísima para el madurar, solo la baña a ella. Porque en las noches de luna es cuando más se la ve, es cuando más destaca allí, junto a la piscina, brillando como un gran balón en la luz de plata de la noche.

Mediado agosto, berenjenas, tomates, pimientos murieron sin piedad. Eclipsadas por la calabaza, que ayudada por unos días de insoportable calor, me dejaron sin probar definitivamente ningún producto que no sea en el futuro la monótona calabaza que, allí sigue creciendo ajena a todo lo que no sea algún beneficio para ella. Egoísta.

- "Esta está ya".

- "¿Seguro?" .- Le pregunté a Gerardo.

- "Y tan seguro".

- "¿La quiere? A mí no me gusta la calabaza".

- "A mí tampoco. Vamos, que además por no llevarla con lo que debe pesar. Déjeme la navaja... mire se hace así, un chas y ya está cortada".

- "¿Y ahora que hago con ella?" .

- "Y yo que quiere que le diga. Píntele una cara" .- Ríe con ganas.

La calabaza adorna ahora mi cocina. Situada encima de la nevera, rígida y quieta, aún desvinculada por el certero tajo de la navaja de la planta madre, diría que todavía vive. Creo que incluso a veces movida por algo mi imaginación, la oigo respirar cuando el silencio es absoluto.

Terminado agosto una mañana de domingo, le busco una utilidad a la calabaza que empieza a naranjear, utilidad baldía ya que por una cuestión tan simple como cierta, a mí no me gusta la calabaza.

Gerardo, en otra de sus visitas me dice:

-“ Es confitera. Dulce para que me entiendas” .

-“ Llévatela, de verdad que no la quiero” . Casi es una súplica por mi parte.

-“ Déjame un cuchillo” .

Gerardo coge un cuchillo y sin mediar palabra, toma la calabaza y con una extraordinaria precisión, comienza a hacer hendiduras y cortes por toda la corteza, al poco tengo una calabaza de Halloowen. Reconozco que a pesar de la antipatía que me provoca, ha quedado simpática, muy simpática, Gerardo ha sabido trazar una sonrisa que invita a imitarla.

-“ Toma y ponla en algún lugar del jardín” .

-“ Es pronto.- Le contesto aunque por su gesto no me comprende.- Todos los Santos es en noviembre y empezamos septiembre” .

-“ Y que más da. No la quieres para nada” .

La calabaza sonrío encima de un montón de leños. Su corteza sigue tersa y brilla poderosa a la luz del sol. Alguna mañana, sin acostumbrarse a su presencia, me sobresalta al toparme con ella. Es más, si realizo alguna actividad habitual como regar, podar, en fin lo que sea, parece que algo me observa calladamente, me giro asustado y allí me lo encuentro, con su sonrisa y su perpetuo brillo. Su sonrisa es la que ahora ilumina mi jardín. Ahora se ha vestido de naranja, incluso parece más de Halloowen, lo único que perdura de su adolescencia son las cicatrices de aquella picaraza que no pudo llegar a su corazón. Por cierto, observo que los pájaros ya no se posan en mi jardín. La calabaza actúa como espantapájaros, tampoco a Jeremías, al que creía acostumbrado, le gusta su presencia en el nuevo altar, seguramente tampoco le gusta ni su risa, ni sus triangulares ojos vacíos que parecen querer ver.

Del montón de leño se desprende un olor a pútrido. Un olor no siempre presente, no siempre activo. Huele a rachas, a pasadas. Jeremías evita pasar por allí. No creo que sea la calabaza que se echa a perder, ella sigue fuerte en su descarado de frescura, le toco con el pulgar presionándola con fuerza, y no logro que su coraza naranja se hunda ni un milímetro. La calabaza no es desde luego. Es más, juraría que parece sonreír más.

Entrados unos días de septiembre, perdura el olor y el misterio que ahora casi me preocupa. La que fue su inocente sonrisa tallada en el cuerpo de una calabaza, ahora parece transformarse en una risa que tiende a lo diabólico. De aquella sonrisa infantil y divertida inspirada y tallada por Gerardo, se ha transformado en una sonrisa impúdica, soez y burlona. Pienso que se debe a la contracción normal de la piel exterior de la calabaza al no tener alimento para seguir su desarrollo, pero observándola con detenimiento compruebo que esta sigue igual de lozana, igual de vital.

Por la mañana, de madrugada, me topo con Jeremías muerto. Quedó tendido para dormir junto a la puerta de la casa y allí mismo, sin moverse, como esperándolo ha encontrado la muerte. Debió morir de viejo, sin dolor en lo aparente, tranquilo. Llamo al servicio de recogida de animales muertos y al poco se presentan dos chicos jóvenes, lo primero que hacen al entrar en el jardín es sonreír al descubrir la calabaza:

-“Es horrible”.- Dice el primero.

-“Parece el mismo diablo”.- Apostilla el segundo.

Se llevan a mi fiel Jeremías en un saco de plástico y lo introducen sin miramiento en la furgoneta que arrancan y se pierde en la lejanía de una carretera solitaria. Me quedo sólo, pensé, y la soledad viene perseguida de un fuerte sentimiento de tristeza. Voy a entrar en la casa y antes de hacerlo me fijo en la calabaza que también hoy acrecienta su sardónica sonrisa, diría que la exagera, lo que varía en del día de hoy, es que simplemente no estoy dispuesto a que ni nada ni nadie me sonría o lo que es peor, se ría en mi propia casa y en mi propio jardín. Si no se ríe Jeremías, si no ladra ni juega, entonces que nadie ría, por lo menos hoy.

Saco fuerzas y tomo a la calabaza del tallo seco. La sopeso y compruebo con asombro su inaudita fortaleza. Como es posible que sigas tan lozana, es que ni el calor, ni la falta de agua pueden contigo. Salgo al exterior del jardín y sin contemplaciones abro el contenedor de la basura, sin dudar la arrojo al interior con fuerza cerrando al instante la tapa y, cuando espero un sonido seco y contundente, oigo algo parecido a una pequeña explosión seca. Abro con cautela la tapa del contenedor y un polvo verde hollín sale arremolinado y con fuerza al exterior acompañado de un fuerte olor a podrido...a muerto. En el fondo del contenedor, lo que antes era una calabaza, es ahora una

sustancia aguada algo viscosa mezclada con trozos desiguales de corteza naranja que deshacen para siempre una sonrisa maquiavélica e insoportable. La calabaza estaba en su interior podrida. Su sonrisa era falsa y sus ojos nunca vieron.

Cuando voy a entrar al interior de la casa, veo con tristeza, en un rincón del jardín, la caseta de Jeremías. Pienso en la fecha en la que mi fiel amigo me ha dejado para recordarle. Hoy es once de septiembre.

Pedro Pont Serón